

el santo rosario y concluido leían algun punto de meditación sobre el cual se reflexionaba algunos instantes y después rezaba algo como conclusión, en todo lo cual se pasaba casi una hora.

El día siguiente, diez y nueve, ni misa se celebró porque estuvimos muy mareados, y ni alientos teníamos absolutamente, ni salir siquiera podíamos por el movimiento tan marcado que teníamos en el vapor, y así pasamos todo el día. Compasión se nos podía tener, todos demacrados nos encontrábamos; sin comer, sin dormir y por otra parte arrojando á cada momento lo poco que pudiéramos contener en nuestros estómagos. En fin, el amor todo lo vence, dice el dicho vulgar, ahora diremos nosotros: por ir á visitar estos santos lugares todo se puede sufrir, sí todo, aun el mareo y más inconvenientes que hubiese.



### CAPITULO TERCERO.

Llegada á Alejandría.—Aduana turca.—Estación del Ferrocarril.—Cairo.—Cicerone.—Hoteles.—Pipas.—Costumbres.—Iglesia Parroquial.—Mezquita.—Calcea te caligas vetustas.—Pirámides.—Nilo.—Procesión de Camellos.—Beduinos.—Ascensión á las Pirámides.—Retratos.—Esfinge.

El domingo veinte apenas el crepúsculo matutino aparecía cuando ya recibíamos los aires de Alejandría. Eran las cinco de la mañana y anclaba nuestro Cleópatra junto á la bahía lo mismo que en Brindisi y todos ya con sus equipajes bien pesados por cierto, advirtiendo que de Roma habíamos salido sólo con una muda de ropa y nuestros breviarios. Mas luego en Loreto compramos bolsas de viaje y ya en



estas fechas y en estos lugares estábamos cargados un poco. En el acto mismo tomó un coche el Sr. Fierro para ir á adquirir informes á la agencia Cook que no sé qué le pasó en esta ocasión, cuando siempre en todas las estaciones de Ferrocarril y puer- tos estaba lista. Mucho nos reíamos cuando llegábamos á alguna parte, *Cook, Cook*, preguntábamos; *oui, oui*, y todo lo teníamos luego, coches, hoteles, informes y todo cuanto se necesitare. Así es que en unas bo- degas donde estaban guardando muchos costales de maíz, de ese ancho, como el que se siembra en nuestra tierra caliente y unos sacos de avellanas, nos pusimos á esperar pa- ra recibir órdenes. Mientras tanto, ya reci- bíamos impresiones nuevas, y veíamos cos- tumbres muy distintas. Casi todas las seño- ras traen un velo calado de seda que de las narices para abajo les cubre la cara; todos son negros y luego en la frente sostienen un tubito como de tres pulgadas de largo, que no pudimos saber lo que significa, ni el objeto que con ello se proponen. Unicamen- te nos dijeron que la ley de Mahoma pro- híbe vean á otro hombre que no sea su es- poso. Si sea cierto ó no, no lo aseguro. Los

hombres ya poco más ó menos tenemos una idea en Méjico, cuando alguna vez se han visto atravesar nuestras primorosas aveni- das por unos señores que usan una especie de enagua blanca y después traen encima un manto negro. En lugar de sombrero que na- die usa absolutamente, á excepción de los europeos que su residencia han fijado en estos lugares, usan una boina encarnada y los pobres sólo un trapo blanco que se po- nen en la cabeza

Mucho nos llamaba la atención todo esto y siempre desconfiados enidábamos lo que llevábamos, pues á la verdad que los infor- mes que nos dieron no eran de los muy buenos. Poco tiempo hacía nos encontrába- mos parados cuando se presentó el Ilmo. Sr. Obispo y con él el agente de Cook que llevaba los coches necesarios para transla- darnos á la Estación, mediante la orden que una tarjeta expedida en Roma les había si- do presentada. Nos colocamos como ocho en cada carruaje, pues eran bastante gran- des y los asientos colocados están en las laterales. A andar empezaron los caballos, guiados por un árabe y á poco nos encon- tramos con la Aduana. Un inteligente ára-



be que nos acompañaba, vistiendo una chaqueta bien compuesta y que según supimos es *dragoman*, se bajó luego y habló un poco con los empleados de la Oficina los que avisaron luego á los carabineros, quién sabe qué cosa, y sin obstáculos nos franquearon la salida abriendo de par en par las puertas que vedan la entrada.

Atravesamos la ciudad en la que pudimos apreciar luego su poca civilización que aún poseen y las costumbres muy distintas, por cierto, así como su carácter flojo y ocioso.

A las ocho estábamos en la estación del ferrocarril para salir luego para el Cairo. Todo el día pasamos encerrados en el ferrocarril, caminando con gran velocidad, y siempre para la Tierra Santa, para la Tierra bendita, regada con la sangre del Inocente Jesús. A las cuatro de la tarde estábamos ya en el Cairo y allí en los coches nos dirigimos al hotel, mas como éramos varios y en uno solo no había camas suficientes, en el hotel Bristol se quedaron la mitad y los restantes en el que está situado enfrente, llamado Khedivial. Ya desde Alejandría el Ilmo. señor Obispo había contratado un cicerone que nos acompañara en esta población y le daba cinco francos diarios,

equivalentes á \$2.10 mejicanos cuando el cambio está al 110; mas mucho nos sirvió, según verá adelante el lector.

Quedamos instalados, según hemos dicho, en el hotel Bristol y en el que existe enfrente, del mismo propietario, llamado Khedivial, y diez francos diarios era nuestra pensión por todo el servicio, y en obsequio de la verdad, son los mejores hoteles y su asistencia es magnífica y su seguridad sin igual; á tal grado, que á nadie permiten la entrada si no está colocado ú hospedado en él, y á los mercaderes ambulantes, hasta con grosería diremos que los tratan, pues les dan empujones con mucha sangre fría, y cuando menos acuerda uno ve por tierra los objetos que llevan, sin que nadie se dé por entendido.

Arreglaron los coches para el día siguiente, á fin de ver, como lo hacíamos siempre, en poco tiempo lo que llamase la atención. Así, pues, siempre debe uno andar sin economía en estos casos y mucho aprovechará el tiempo. Nos salía el día por unos quince francos cada uno, incluso el hospedaje y alimentos; pero andábamos con mucha comodidad y violencia. En la tarde na-



da pudimos hacer, porque estábamos cansados y el intérprete disponía los coches para el día siguiente; aunque fuera de ocasión diremos que era ó es español, pues no sabemos haya muerto. Pasamos el rato sentados en unas sillas de varitas, que aunque viejas pero muy cómodas, se encuentran en la puerta, mientras que otros de los compañeros, casi los más, se ponían á escribir para Méjico, la tierra bendita, la tierra de María de Guadalupe, ministrándoles papel, cubiertas, tinta y cuanto se necesitaba, en el despacho del hotel, costumbre casi general en toda Europa.

No obstante que en el Bristol estaban los Sres. Canónigos D. Florencio Rosas, los Padres Luque, Maciel, Vera y Fernando Torres, Lopitos y Vilehis, así como el Sr. Flores y Mora D. Rafaelito y los demás, acompañados por el señor Obispo, en el otro nos encontrábamos, siempre juntos se nos veía y siempre nos andábamos buscando. Así es que nos divertíamos, como dije, sentados viendo á tantos árabes, tan feos, tan sucios y tan flojos, sentados en unas sillas de tantos cafés como hay en esta ciudad de cincuenta mil habitantes y entre ellos mu-

chísimos europeos, á quienes deben en gran parte la poca civilización que puedan tener; todos en la calle y con unas mesitas pequeñas, donde les ponen unas tacitas de café cargado y en verdad sabroso, el que toman turnándolo con unas bocanadas de humo que extraen de las pipas que á su lado descansan. Estas son muy curiosas y aun las señoras las usan. Se forman de un frasco de cristal como de cincuenta centímetros de largo y en cuya entrada descansa un tubo de hoja de lata, según parece, que contiene ó encierra el tabaco en hebra. Un tubo ó tripa de hule se interna al frasco, y el lado opuesto es el que el fumador lleva á la boca, todo por supuesto muy bien adornado de seda, la mayor parte de color verde. En el suelo descansa el frasco, pues como el tubo mide como dos metros ó dos metros y medio, fácilmente puede tener acceso á la boca. Da la fumada el árabe y el agua se mueve, pasando después á la boca del frasco para buscar salida, mas se encuentra con el tabaco que ya está ardiendo y con las fumadas continuas absorbe el humo, y esto es lo delicioso, para tanto flojo y floja.



No pára en esto la diversión, sino que va pasando de boca en boca, según los amigos que se han reunido, pues debe saberse que estas pipas se alquilan en los cafés y fuman los que gustan. Después nos fijábamos, ó más bien dicho, simultáneamente veíamos á los que ofrecían unos tapetitos chinos, así como varios objetos de la misma procedencia, teniendo siempre mucho cuidado con tanto muchachito que con sus cajoncitos, cepillos y bola ganan su vida. Estos ni avisan, sino que se arrodillan y comienzan á trabajar dando bola al calzado por dos centavos ó sean diez céntimos. Ahora que hablamos de dinero diré que aquí sí nos costó algún trabajo comprender la moneda, pues la ínfima es la piastra y media piastra; en fin, los francos; no se olvide que en un viaje de éstos la mejor moneda es el franco, pues casi universal es su aceptación.

Algunos tapetitos y cosas curiosas compramos, no pudiendo hacerlo con todo lo que nos gustaba, por encontrarnos muy lejos y esperárenos varias aduanas. No obstante esta resolución que seguido formábamos, la quebrantábamos con frecuencia debido á tanto como nos llamaba la atención

y deseando traer todo para nuestras familias y amigos.

El día siguiente muy temprano se dirigieron algunos peregrinos á la Iglesia Parroquial que está á cargo de los Padres Franciscanos, con el fin de celebrar el Santo Sacrificio de la Misa, habiendo antes en la víspera ido todos para conocer el templo, que era lo primero que hacíamos siempre al llegar á cualquier punto y hoy no fuimos todos, porque la verdad, nos perdimos; si no, que lo diga el Padre Gonzalitos mi tío y yo, que tuvimos que volvernos, pues teníamos algún recelo á los *simpáticos* árabes. Esperamos á los compañeros en el hotel y poco á poco fueron llegando, siendo los primeros el Padre Barbosa y el Sr. Rosas. Me dispensarán que se me haya olvidado hacer mención de un compatriota nuestro que algunos años hace se encuentra en la Ciudad Eterna haciendo sus estudios en la Universidad Gregoriana y el que debido á sus afanes y estudios ha logrado sustentar su acto público, obteniendo por unanimidad el grado académico de doctor, y es el que ahora nos acompaña también en nuestra peregrinación. Es joven aún, apenas contará unos



treinta y dos á treinta y cinco años; cono-  
cedor del idioma italiano y aun del francés  
alguna cosa, muchas veces nos servía por  
su bondad, de intérprete. Pues bien, ya to-  
dos reunidos, montamos en los coches, que  
listos estaban desde las ocho de la mañana  
y acompañados del intérprete ó cicerone  
nos fuimos á la mézquita principal de Ma-  
homa, donde pudimos admirar el respeto  
que los pobres mahometanos tienen á su  
dios. Nadie ignora que la religión oficial  
del Asia es la mahometana y por lo mismo  
las mezquitas están protegidas por el go-  
bierno. Al entrar nos encontramos luego  
con unos árabes del pueblo que estaban en  
la puerta y sin saber ó entender lo que nos  
decían, escuchábamos, hasta que viendo las  
operaciones que hacían, comprendimos que  
lo que había de hacerse era ponernos un  
calzado muy viejo que allí tienen en preven-  
cion y así fué; de uno en uno nos fueron  
calzando y ya pudimos entrar. Todos con  
seriedad fuimos penetrando y encontramos  
varios que estaban haciendo oración, mas  
ellos penetran sin calzado; todos lo dejan  
en la puerta y así se postran en el suelo, se  
paran, se vuelven á postrar y de este modo

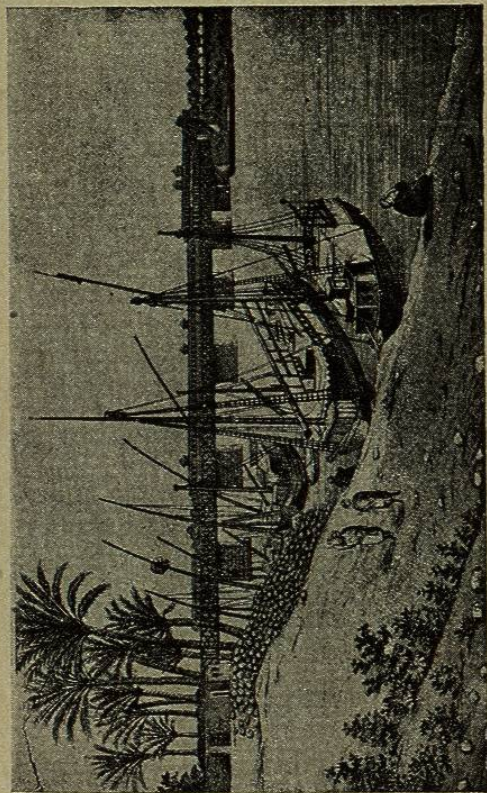
hacen su oración, sin entenderles lo que de-  
cían.

Más adelante en una puerta que se en-  
cuentra al occidente, estaban dos mucha-  
chitos como de doce á catorce años, apren-  
diendo su libro sagrado, el Alcorán, mas  
nadie se fijaba en nosotros y ni caso nos  
hacían, habiendo un contraste en esto y  
es que los visitantes profanos recorren el  
interior de la mezquita cubierta la cabeza y  
en esto no se fijan. Respecto de sus adorno-  
s nada notable hay de que pueda hacerse  
mención, sólo diré que tiene la forma  
cuadrangular, toda está alfombrada é infi-  
nidad de lámparas están suspensas por to-  
dos lados. Ya para salir nos encontramos  
tres mahometanos que se pusieron á hacer  
oración y nos quedamos mirándolos, tal vez  
serían de los principales porque uno de  
ellos hizo una seña y entonces los que cui-  
daban nos indicaron que saliéramos, lo cual  
en el acto verificamos. no sin compadecer á  
estos pobres ciegos voluntarios que tienen  
ojos y no quieren ver, oídos y no quieren  
escuchar, y bendiciendo á Dios una y mil  
veces por habernos concedido la singular  
gracia de haber abierto nuestros ojos á la



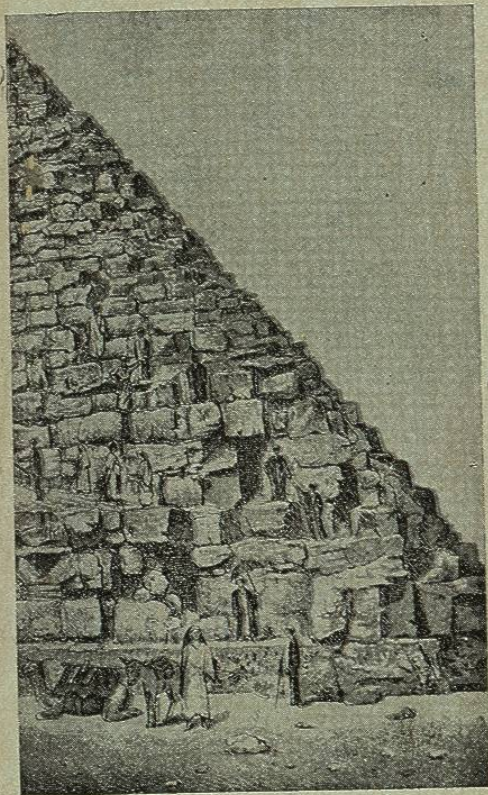
luz de la fe y pertenecer á esa religión santa que su Hijo Divino trajera á la tierra. Una vuelta dimos por el exterior y pudimos admirar el panorama tan precioso que desde esta altura ofrece al turista la población, pues en una eminencia, aunque no muy pronunciada, está situada esta mezquita. Después nos fuimos á las pirámides atravesando el río Nilo que pasa por la población casi á las orillas. Allí luego á la memoria nos vino la historia del célebre caudillo del pueblo de Israel, del pequeñito Moisés que en un cesto se libertara en este lugar del cruel decreto de Faraón y fuese por su misma hija libertado y criado por su verdadera madre, para que más tarde fuese por la Providencia Divina uno de los escogidos de Dios para tantas cosas y libertase al pueblo escogido. En una palabra, por estos lugares se encuentra el peregrino con miles de monumentos históricos que le hacen recordar con alegría los hechos tan memorables de que la historia hace mención.

Todo el camino nos fuimos divirtiendo con la multitud de camellos que atravesaban la vía, muchos de ellos con un promon-



Puente sobre el río Nilo. — Cairo.





Pirámide de Egipto.—Cairo.

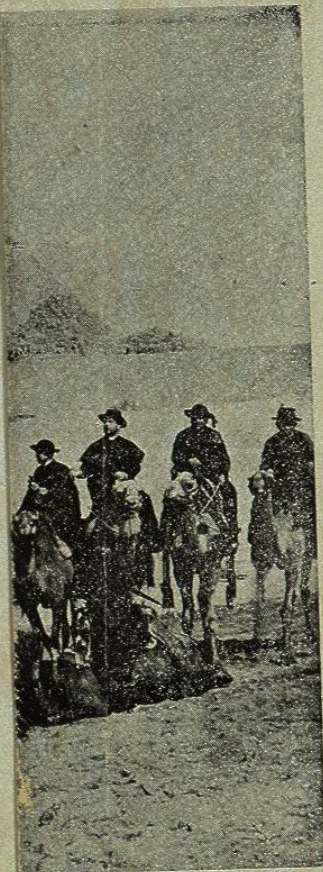


torio de alfalfa que sobre su joroba llevaban y aun en algunos de ellos se elevaban majestuosos y muy airosos encima de la alfalfa sus conductores ó dueños. En gran número transitan por este rumbo sobre todos, y es digno de verse la majestuosidad con que caminan. Es este divertimento estábamos cuando ya una hora había transecurrido, un poquito más á decir verdad, cuando ya comenzaban á subir los coehes la cuesta llena de arena por donde á las pirámides íbamos á llegar, mas á nosotros nos tocaron unos caballos tan flacos que fué forzoso bajarnos para poder llegar, procurando ir todos juntos, porque allí si teníamos algún temor. Por fin, se venció la subida y volvimos á montar, pero tan sólo serían cinco minutos, pues en las pirámides nos encontrábamos salvos por la gracia de Dios.

Apenas se aperebieron de nuestra llegada los beduinos, cuando en gran número nos rodeaban y hablándonos con mucha precipitación y aun con grosería. El intérprete á empellones los obligaba á retirarse, pero por un momento lo hacían, volviendo á la misma tarea, pues se disputaban la presa para ganarse unos francos subiendo á los



dificultad, casi nos alzaban los árabes, pero como siempre hemos dicho necesitábamos convenir antes. Como Dios nos dió á entender arreglamos casi todos pagar un franco por solo permitirnos montamos para la operación que deseábamos. Era de verse aquella procesión de peregrinos mejicanos montados en sus camellos, y alegres y ufanos dirigirse al lugar donde se encontraba la famosa Esfinge y colocarse frente á ella del modo que al fotógrafo le parecía conveniente. Un poco de calma y todo quedará arreglado nos decía. Una, dos, tres y listos. Acto continuo á desfilar empezamos y pensando sólo en las disputas que íbamos á tener con nuestros hermanos los beduinos. Dicho y hecho, nos bajamos á pagarles con buena voluntad lo convenido. Sacamos el franco y todos rehusaban recibirlo exigiendo por la fuerza más cantidad; aquello era un barullo que ni en la torre de Babel, si no ha sido por nuestro cicerone y el gendarme quién sabe como hubiéramos salido. Un franco más y estamos arreglados; los que á las pirámides ascendieron fueron desembolsando los cinco francos y operación terminada. En medio de aquel griterío y alga-



ate á la Esfinge.





Retrato de algunos peregrinos, sacado en las Pirámides, frente á la Esfinge.



zara montamos en los coches como podíamos y á la voz de *avanti* fueron atravesando aquella masa compacta de beduinos que no entendimos cuantas cosas nos dirían, pero los coches avanzaban y á descender empezamos tardando muy poco en encontrarnos en el plano, donde situados están unos tres hoteles y esperamos un poco para reunirnos todos y seguir nuestra marcha.

Qué gustosos íbamos, por Dios, y muy satisfechos de haber salido con bien de las manos de los beduinos y habernos retratado en camellos, y haber visto la esfinge y haber estado en las famosísimas pirámides, tumbas según dicen de los reyes del Egipto.

